

LA JUVENTUD EN LATINOAMÉRICA: PERSPECTIVAS PARA EL SIGLO XXI

Ramón Florenzano Urzúa
Universidad de Chile

Las conductas de riesgo en jóvenes están determinadas por múltiples factores. El análisis se focaliza en los problemas de la familia. Estamos en una sociedad que tiende a huir de la familia. Cada vez más personas viven fuera de estructuras familiares en el sentido clásico del término. En el caso chileno -en general latinoamericano- esta huida de la familia es un fenómeno relativamente incipiente en relación a Europa o EE.UU.. Se manifiesta más bien en una disminución de las estructuras nucleares biparentales y una tendencia diversa a vivir en estructuras familiares compuestas de tipo matrifocal. Esta tendencia, al no ser masiva puede ser revertida en la medida que se concerte una respuesta amplia de todos los sectores sociales.

I. INTRODUCCIÓN

El tema de la juventud se ha transformado en un tópico polémico. Los jóvenes son vistos hoy por algunos como la causa y por otros como la solución de los problemas de la humanidad. Tanto en países desarrollados como en el Tercer Mundo los ojos de la opinión pública se han volcado en los adolescentes, con puntos de vista acerca de ellos, desgraciadamente, muchas veces negativos. Al mismo tiempo, la familia

es objeto de preocupación social, y se realizan múltiples congresos, eventos y foros acerca de su situación. Pertenezco a un grupo que ha trabajado extensamente tanto investigando acerca de la realidad de nuestro jóvenes, como realizando proyectos de acción con participación juvenil. A lo largo de los años hemos acumulado evidencia que puede aportar a esta polémica. Quiero hoy mostrar algunos de los resultados de nuestras investigaciones, y comenzar afirmando que existen muchos mitos en

estos temas: **la mayoría de los adolescentes no son delincuentes ni drogadictos, y su principal preocupación es abrirse camino en la vida. La mayoría de las familias tienen un sólido fundamento y quieren crecer, amarse y procrear.** La gran mayoría de los jóvenes latinoamericanos viven dentro de familias, y la mayoría de éstas están intactas. Muchos de los embates que recibe la familia como institución tienen motivaciones ocultas de quienes no le conceden el rol que tiene dentro de la ordenación social.

Quisiera también, al empezar, aclarar acerca de la relación de estos temas en el área de la salud. ¿Por qué la preocupación de los médicos por estos temas de familia y juventud? Los adolescentes, en comparación con otros grupos etáreos, tienen pocos problemas de salud: su mortalidad es comparativamente baja, y está dada fundamentalmente por accidentes y otras causas violentas. Enferman mucho menos que el resto de la población. Lo anterior no quita que la adolescencia sea importante desde el punto de vista sanitario: **las conductas y estilos de vida que se adquieren a esta edad son cruciales por el resto de la vida.** Se ha dicho que tal como los meses posteriores al nacimiento son la clave del desarrollo y salud posteriores del niño, los años iniciales de la adolescencia, o sea el período de los 10 a los 14, son centrales para la salud del período adulto. Asimismo, la familia es un importante agente de salud: la gran mayoría de los problemas de salud son inicialmente enfrentados, y muchas veces resueltos, por la familia, y la actitud de ésta es crucial para el desenlace positivo o negativo de los episodios de enfermedad.

Uno de nuestros proyectos de investigación, al cual me referiré luego en más detalle, se refiere al impacto del estrés familiar sobre las conductas de riesgo adolescentes. Estas conductas de riesgo para la salud, tales como el consumo de bebidas alcohólicas, de tabaco o de sustancias químicas ilegales, la alimentación inadecuada y la vida excesivamente sedentaria constituyen el germen de los problemas de salud posteriores. La mortalidad por el uso excesivo de alcohol o tabaco, por consumo de grasas y otros elementos que promueven la obesidad, por falta de ejercicio, etc., constituyen un porcentaje alto de la mortalidad de los adultos. Desafortunadamente muchas de estas conductas parecen estar en aumento entre los jóvenes. Para dar un sólo ejemplo, el consumo excesivo de alcohol entre los sujetos de 15 a 24 años en Santiago de Chile aumentó en un 400% entre 1958 y 1982 (Pallavicini, Legarreta y Cols., 1986). La afirmación anterior de fe en la familia y en los jóvenes no es sólo producto de convicciones morales o valóricas. La familia es la base biológica del funcionamiento humano: nacemos inermes y somos alimentados y criados por una familia. Sin ella, no subsistimos en el plano material, y nuestro desarrollo psicosocial debe hacerse en forma extremadamente precaria. Asimismo, los niños y los jóvenes necesitan tener familias con adultos de ambos sexos como modelos de crecimiento y de identificación. El ser humano, en su gran mayoría y en todas las formas de sociedad conocidas, nace, crece, y ojalá, muere en familia.

Lo anterior no implica desconocer que los cambios sociales y demográficos

que está experimentando la humanidad no hayan tenido un impacto, muchas veces negativo, en el funcionamiento de la familia y que esto no les haya complicado la vida a los jóvenes. En esta presentación quiero revisar brevemente algunos de estos cambios, para luego detenerme en el impacto de uno de ellos, la creciente tasa de separaciones y divorcios, en las conductas de riesgo juveniles.

II CARACTERÍSTICAS DEL CAMBIO SOCIO DEMOGRÁFICO

La juventud es psicológicamente un período de transición desde la niñez hacia la vida adulta. Esto significa que se desarrollan en ella múltiples procesos de cambio estudiados por psicólogos como Piaget, sociólogos como Kenniston y psicoanalistas como Erikson. Como muchas situaciones de cambio interno, para que esta transición se desarrolle bien se requiere un grado de estabilidad externa. Si esta deja de existir, es más fácil que los resultados en términos de inestabilidad personal y problemas emocionales sean complejos. Desde este punto de vista, el joven latinoamericano promedio ha estado experimentando un conjunto de situaciones que pueden explicar el aumento de conductas riesgosas tales como la drogadicción o la delincuencia. ¿Cuáles son algunas de las situaciones que explican el anterior aumento? Mencionemos entre otras:

*** La turbulencia socio-política de América Latina**, así como el proceso de cambio socio-cultural rápido y de modernización a veces forzada de nuestras sociedades; muchos de los países

hemos experimentado en los últimos treinta años cambios radicales de forma de gobierno, y hemos conocido períodos de bonanza y de deterioro económico marcados. Las cifras de inflación de algunos de nuestros países fueron, y a veces siguen siendo, de dos o tres dígitos.

*** La falta de coordinación entre los sistemas educacional y laboral.** Por una parte hay hoy en día muchas más oportunidades educacionales que hace algunas décadas: el sistema de enseñanza media e incluso superior ha crecido aceleradamente en muchos países.

*** El desempleo juvenil** ha tendido en general a aumentar: En Chile el porcentaje de desocupación de los grupos de 15 a 24 años es en 1993 el doble de la población general (Instituto Nacional de la Juventud, 1994). La falta de oportunidades laborales y la carencia de relevancia de la formación adquirida en la escuela es una de las áreas de preocupación centrales que nos comunican una y otra vez los jóvenes con quienes trabajamos. Uno de los cambios más profundos por los que atraviesa nuestra cultura es la desestabilización de la familia como institución. Al enfocar este punto no pensamos sólo en las crecientes tasas de separación y divorcio, que en Chile aumentaron desde alrededor del 15% en los padres de escolares de Santiago de Chile, en una encuesta del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile en 1982 (Covarrubias, Muñoz y Reyes, 1986) hasta el 22,3% encontrado en una reciente encuesta de nuestro grupo, sino en la pérdida de la vida familiar cotidiana, de la posibilidad

de apoyarse en los parientes para resolver problemas, en las dificultades de comunicación de los padres entre sí y con sus hijos, y de la creciente frecuencia de la violencia intrafamiliar.

Enfoquemos por un momento los cambios que la familia está experimentando, cambios importantes desde el punto de vista demográfico, cuyas consecuencias son importantes para el modo habitual de funcionamiento de éstas. Entre los cambios importantes, mencionemos:

1. Cambios en el tamaño de la familia. El tamaño de la familia ha tendido a disminuir progresivamente en nuestro país, así como en muchas otras naciones del continente. La tabla 1 muestra el tamaño medio de la familia en diversos países latinoamericanos, estando Chile, con 4,5 miembros por familia, en una posición intermedia entre Argentina (3,9) y Guatemala (5,5). Asimismo, el tipo de familia predominante en el pasado, la extendida, ha disminuido desde un 64% en 1970 a un 28% en 1992, mientras que las familias nucleares (constituídas por un núcleo de padre, madre e hijos) aumentaron desde un 30,1% en 1970 a un 58% en 1992. En la misma línea la fertilidad de las familias chilenas ha disminuido drásticamente: desde un promedio de 5,28 niños por mujer a lo largo de su vida reproductiva en 1960, a 2,5 en 1988. O sea, las familias son más pequeñas y tienen menos hijos hoy que hace 35 años.

TABLA 1. Tamaño medio de la familia en América Latina

PAÍS	TAMAÑO MEDIO
Argentina	3
Bolivia	4,3
Brasil	4,4
Cuba	4,0
Chile	4,5
Costa Rica	4,8
Ecuador	5,1
Guatemala	5,5
México	5,3
Panamá	3,7
Paraguay	5,2
Venezuela	5,3

2. Cambios en la estructura familiar predominante. En muchos países, el número de familias nucleares ha aumentado y el número de familias extendidas ha disminuido aceleradamente. Eso hace que la cantidad de familiares multigeneracionales o el número de adultos en la casa tienda a disminuir por lo menos durante el período de crianza de los hijos.

3. Cambios en la asignación de roles y funciones dentro de la familia. Otro de los hechos significativos es la entrada masiva de la mujer a la fuerza laboral, que ha subido en el caso de Chile desde poco más de un 10% hace tres décadas a alrededor del 30% hoy día. El mayor número de hogares en los que ambos padres trabajan, hace que el tiempo dedicado a la crianza de los hijos sea cada vez menor. Lo anterior también ha llevado a cambios en la responsabilidad de crianza entre ambos sexos, que fue monopolizada por las mujeres durante buena parte de los dos últimos siglos. Durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, el sistema

económico se organizó de tal modo que el hombre proveía buena parte del ingreso, y la mujer cuidaba a los niños en la casa. Esto lleva a tensiones muy importantes en los equilibrios internos de las familias, y ha sido ligado a la menor responsabilidad sentida por los hijos en relación al cuidado de sus padres cuando estos llegan a la vejez: si no se ha producido una dedicación importante en la vida adulta de éstos, en especial de la madre, al cuidado de los hijos (en la medida que el número promedio de hijos que se tienen disminuye) el tiempo total dedicado a los hijos es menor. Esto se traduce en que el "síndrome de nido vacío", de ser excepcional hace algunas décadas, es hoy frecuente. Esto hace que muchas veces la paternidad no sea ya el foco central de la vida familiar adulta, y que la responsabilidad hacia los padres ancianos sea compartida por un número menor de hijos, que muchas veces no tienen ya la sensación de corresponder al sacrificio de los padres por su crianza.

4. Cambios en el ciclo vital de las familias: existe hoy un menor número de familias que viven un ciclo vital "clásico" y mayor número de variantes del ciclo vital. Muchos de los cambios anteriores han hecho que el número de familias que siguen las etapas descritas por Duvall (1987) disminuya, y que hayan más variantes, especialmente aquellas con hogares uniparentales, generalmente de jefatura femenina, y de rematrimonios.

5. Aumento de la expectativa de vida y mayor número de mujeres solas así como de hogares con jefatura femenina. La expectativa de vida ha subido para toda América Latina desde

61,2 años en 1970 a 68,1 en 1990. En el caso chileno este ascenso ha sido desde 63,5 a 72,5. El aumento sin embargo es desigual, sobreviviendo largamente las mujeres a los hombres por 4 a 5 años en promedio. Existen en Chile cuatro veces más viudas (7,93%) que viudos (2,1%), proporción que tiende a aumentar desde los cincuenta años de vida hacia adelante. Este y otros hechos hace que en la medida que pasa el tiempo aumente el número de mujeres solas y el de hogares con jefatura femenina. Otros hechos que promueven este fenómeno son el que la edad promedio del matrimonio ha tendido a atrasarse con el correr del tiempo, llegando a 23,4 años para las mujeres y 25,5 para los hombres en 1988. Esto se compara con muchos países menos desarrollados, donde más de la mitad de las mujeres africanas se casan antes de los 19 años, así como el 40% de las asiáticas y en promedio, el 30% de las latinoamericanas (Ferguson, 1993). Al casarse más tarde, las mujeres sobreviven aún más a los hombres. Asimismo, existe un número creciente de familias en el que no hay varones desde su conformación, al crecer el número de adolescentes que se embarazan y que luego no conforman una relación de pareja estable. Me refiero aquí al creciente, y para muchos alarmante, aumento en los índices de ilegitimidad; el 30% de los niños que nacen en Chile lo hace fuera del matrimonio, y un porcentaje importante de éstos son hijos de madres de menores de 20 años. En ese grupo, el porcentaje de ilegitimidad aumentó desde un 33,4% en 1950 a un 58,2% en 1987. Este creciente número de hijos nacidos de situaciones de unión libre u ocasional ha

sido ligado por diversos estudios al creciente número de menores en situación irregular que incurren en conductas delincuentes. Tanto el matrimonio precoz como la ilegitimidad cierran muchas oportunidades de desarrollo posterior a las familias que los experimenta. Estudios de la CEPAL han demostrado que el nivel de escolaridad de los hijos de uniones libres es mucho menor que el de los hijos de matrimonios legalmente constituidos (Katsman, 1991). Otro hecho que aumenta el número de familias con mujeres solas es el crecimiento de las separaciones y divorcios. Uno de los índices más utilizados para medir funcionalidad familiar son las tasas de separación conyugal. Estas han sido crecientes en Chile, sin que nunca lleguen a los niveles de países como Inglaterra o Estados Unidos. De acuerdo a los datos censales, los porcentajes de separados han ascendido desde un 0,8% para los hombres en 1952 a un 2,4 en 1992. Las cifras similares para las mujeres son 1,8% y 4,04%. Hay consenso de que en estos datos existe un importante subregistro, ya que un porcentaje importante de personas no dan la información acerca de su real situación de pareja al ser encuestado censalmente. En un estudio realizado encuestando hijos escolares de la Región Metropolitana, Covarrubias y Cols (Muñoz, Reyes, Covarrubias y Cols., 1991) encontraron en 1982 que el 13,5% de los niños decían que sus padres estaban separados. En un estudio con una metodología semejante realizado por nuestro grupo en 1992 (Florenzano, Pino y Marchandón, 1992) el porcentaje entregado por los niños fue de un 22,5%.

Estas cifras, sin llegar a los niveles de un 50% de separación de algunos estudios europeos, muestran que un porcentaje creciente de parejas viven aparte. En el caso chileno, hay dos veces más mujeres separadas (4,04%) que hombres en tal situación. Tanto para viudas como para separados, es mucho más frecuente que el hombre vuelva a formar pareja. La mujer, al quedar normalmente a cargo de los hijos, parece plantearse más frecuentemente que el hombre como un tema central para el resto de su ciclo vital, el dedicarse al cuidado de los hijos. Los hogares donde el jefe de familia es una mujer tienen más familiares a cargo, menos miembros con trabajo remunerado, y son considerablemente más pobres que los hogares con ambos padres (Smike, 1991). Desde este punto de vista, la preocupación social por la situación de la familia aparece justificada. En la medida que disminuye la probabilidad de que el matrimonio dure toda la vida aumenta la inestabilidad de la estructura familiar, factor negativo desde el punto de vista de todos los jóvenes que hemos estudiado: no sólo su propia estabilidad interna se altera, sino disminuye su interés y confianza en la solidez de las familias que ellos puedan formar.

III. CONSECUENCIAS DEL CAMBIO: EL CASO DE LA SEPARACIÓN

Queremos enfocar ahora en forma más específica, las consecuencias para la familia, de la separación conyugal. Nuestros estudios han enfocado las relaciones entre disfuncionalidad familiar y conductas de riesgo adolescentes. Ellos

avalan otros estudios, realizados en diversas partes del mundo, que han demostrado los problemas que acarrearán a los hijos diversas situaciones de disfuncionalidad o problemas en la estructura familiar. Entre ellos, señalaremos aquí sólo aquellos que muestran los efectos de la separación o divorcio de los padres.

A. Consecuencias para los miembros de la pareja

La separación no constituye la solución de los problemas que enfrenta la pareja en la mayoría de los casos. Los norteamericanos, que como mencionábamos tienen una creciente tasa de divorcios ya por un tiempo prolongado, están preocupados al respecto. En este país, donde la tasa de divorcios se ha triplicado en los últimos 20 años, se ha podido constatar cómo el divorcio es el evento vital que desequilibra más la estabilidad vital de quienes lo sufren, teniendo un puntaje sólo inferior a la de la muerte del cónyuge en la escala de Eventos Vitales de Holmes y Rahe. Los desequilibrios emocionales son por ello extremadamente frecuentes después de un suceso de esta índole, durante no sólo uno sino varios años. Los hombres, en general, se adaptan más rápidamente, refugiándose en el trabajo y en proyectos nuevos, y las mujeres presentan reacciones depresivas más intensas y prolongadas. Ambos miembros de la pareja descienden en general de estándar de vida, y la interacción entre ellos se mantiene, en muchos casos, tensa y conflictiva a lo largo de los años.

Las estadísticas americanas (Peck y Manocherian, 1988) muestran que los

divorciados tienen seis veces mayor frecuencia de problemas psiquiátricos que quienes permanecen casados, así como tienen el doble de posibilidades de suicidio, más problemas de alcoholismo y abuso de sustancias químicas, y curiosamente, más riesgo de morir por enfermedades médicas tales como enfermedades cardiovasculares o cáncer.

B. Consecuencias para los hijos

Este es un tema de especial interés, ya que parece ser claro que los que sufren más a largo plazo con la destrucción de la familia son los hijos. Curiosamente, este es un tema que no ha sido estudiado sistemáticamente, y la mayor parte de la evidencia es anecdótica. En un estudio financiado por FONDECYT en la Facultad de Medicina, Universidad de Chile, un grupo de profesionales de la salud y científicos sociales, estamos explorando cómo tres tipos de situaciones prototípicas de disfuncionalidad familiar influyen en la aparición de las conductas de riesgo adolescentes anteriormente enunciadas. Estas situaciones prototípicas son: el ser hijo de un padre alcohólico, de uno con un desorden psiquiátrico que llevó a la hospitalización, o de padres separados. Con el objeto de estudiar el impacto a largo plazo de dichas situaciones, el diseño del estudio requiere que estos hechos se hayan producido antes que el adolescente estudiado tuviera diez años de edad.

TABLA 2. Efectos de la separación en áreas del funcionamiento de los hijos:

EFFECTO
Rendimiento escolar
Acercamiento al otro sexo en el futuro
Uso de drogas
Estabilidad emocional
Consulta a profesionales de salud mental

Entre los hallazgos obtenidos hasta el momento en estos estudios, podemos mencionar:

*El que los adolescentes hijos de estas familias tienden a tener mayores problemas académicos y de rendimiento escolar. En una encuesta hecha a profesores orientadores en liceos municipalizados, encontramos que un porcentaje alto de los niños referidos a estos casos provenían del tipo de familias bajo estudio.

* El mayor consumo de sustancias químicas, entre los hijos de las familias disfuncionales del tipo descrito. Al encuestar a 300 escolares de dos establecimientos en una comuna de bajos ingresos, se encontró que al comparar el consumo de alcohol, tabaco y drogas ilegales, este era varias veces más frecuente entre los hijos de familias disfuncionales.

La tabla 3 resume los resultados de algunas de nuestras investigaciones en Santiago de Chile:

TABLA 3: Uso de sustancias químicas entre escolares de Santiago de Chile. Hijos de padres de familias disfuncionales vs. hijos de familias intactas

TIPO DE CONSUMO	HIJOS DE FAMILIAS DISFUNCIONALES	HIJOS DE FAMILIAS INTACTAS
Consumo frecuente de alcohol	17,4%	4,2%
Consumo de marihuana	13,7%	6,4%
Consumo de inhalantes	5,5%	2,1%
Consumo de anfetaminas	8,2%	2,1%
Consumo de cocaína	5,5%	2,1%

Los dos principales estudios prospectivos acerca de las consecuencias para los niños del divorcio han sido realizados en los Estados Unidos. Kelly y Wallerstein (1980) han seguido por un período prolongado a una cohorte de 131 hijos de divorciados entre 2 1/2 y 18 años de edad en un condado de California. Sus hallazgos muestran que independientemente de la edad, los niños reaccionan negativamente al divorcio: los preescolares regresaron a conductas más infantiles, demostraron más

irritabilidad, conducta agresiva y confusión frente al hecho; los escolares mostraron más abiertamente tristeza, temor, fantasías de hacerse cargo de la familia o de reconciliar a los padres, enojo y conflicto de lealtad con uno o ambos padres; los adolescentes mostraron tristeza abierta, vergüenza, confusión, angustia y preocupación acerca de su propio matrimonio a futuro, y alejamiento de uno o ambos padres. En el seguimiento de un año, un 44% de los niños aún experimentaban un estado psicológico alterado: las niñas parecían más afectadas que los varones. En el seguimiento a los cinco años se mantenían consecuencias negativas en muchos casos. Hetherington, Cox y Cox (1979) estudiaron las actitudes de crianza de los padres, y las relaciones interpersonales dentro de la familia en el año siguiente al divorcio. Encontraron que en general los padres divorciados cumplían mucho peor su rol de crianza. Esperaban menos conductas maduras de sus hijos, tenían menos consistencia en las actitudes disciplinarias hacia ellos, razonaban y se comunicaban menos que los padres que se mantenían casados. En general interactuaban menos y les demostraban menos afectos a los hijos. Estos últimos mostraban peores conductas en la casa, y eran abiertamente más desobedientes e indisciplinados, agresivos y poco demostrativos que los hijos de familias intactas. Se formaba así un círculo vicioso en el cual la madre esperaba menos conductas positivas de los niños, se comunicaba menos con estos, quienes reaccionaban portándose peor y aumentando así la sensación de las madres de ser poco competentes en la crianza. Existe un grado importante de

variabilidad en las consecuencias entre los hijos de la separación, según una serie de factores que se resumen a continuación:

1. Según edad

Uno de los estudios principales al respecto ha sido el de Kalter y Rembar (1981), quienes encontraron que indistintamente del momento del divorcio, todos los niños presentaban dificultades de diferente tipo. Un número importante de ellos (aproximadamente el 30%) estaban en tratamiento psiquiátrico o psicológico, sea por problemas emocionales subjetivos, por dificultades de rendimiento académico, y por las consecuencias de su enojo hacia los padres, que sólo a veces eran capaces de expresar abiertamente. En los niños más pequeños el impacto central parecía centrarse en dificultades en tolerar las separaciones y abandonos futuros; los hijos varones tenían más dificultades en expresar la agresión abiertamente, mientras que las niñas adolescentes tenían más dificultades académicas.

2. Según sexo

Los efectos de la ausencia del padre parecen ser especialmente negativos en las hijas mujeres (Hetherington, 1972). Esta autora encontró que las hijas de divorciados mostraban mayor tendencia a aproximarse a sujetos de sexo masculino de un modo dependiente y llamativo, que tenían más rápidamente relaciones sexuales con ellos, y que se mostraban mucho más abiertas que el resto de sus amigas a formar amistades masculinas.

Mientras más temprana había sido la separación del padre, más claras eran estas diferencias, lo que puede atribuirse a la falta de una figura masculina en el hogar.

3. Rendimiento escolar

El impacto del divorcio sobre el rendimiento escolar de los hijos ha sido estudiado en diferentes partes del mundo. Quizá uno de los más sistemáticos estudios fue el desarrollado en los EE. UU. por Guidubaldi y Cols (1983), quienes compararon 341 niños hijos de divorciados con 358 hijos de familias intactas en relación a su rendimiento escolar, ajuste familiar e interpersonal, nivel intelectual. Encontraron diferencias estadísticamente significativas a favor de los hijos de familias intactas, quienes tenían mejores notas y capacidades de interrelación personal y familiar que los hijos de divorciados. Estos últimos faltaban más a clases, repetían cursos más frecuentemente, eran menos populares entre sus compañeros, tenían peor ortografía y rendimiento en pruebas de capacidad intelectual. Estas diferencias se mantuvieron al controlar por cociente intelectual y nivel socio-económico.

4. Acercamiento al otro sexo a futuro

Otra área que ha sido sistemáticamente corroborada es la influencia negativa del divorcio en la posibilidad de los hijos de separados de desarrollar sus propias relaciones de pareja a futuro. En el seguimiento de 18 hijos adolescentes realizado por Kelly (1981)

antes mencionado, se encontró claramente dos subgrupos. Uno menor conformado por 6 niños que habían sido capaces de llevar un desarrollo aparentemente normal desde el punto de vista del rendimiento académico y relaciones con su familia. Un segundo grupo formado por otros 12 adolescentes tenía claramente problemas psicológicos de diferente índole, menos rendimiento académico y más dificultades de adaptación.

Entre los jóvenes sin problemas, ninguno había desarrollado una relación estable con una pareja del sexo opuesto. Claramente, cuando salían con alguien, mostraban las cicatrices del divorcio de sus padres, lo que los llevaban a tener pololeos cortos, que típicamente terminaban ellos mismos, demostrando un importante temor a comprometerse a largo plazo. Abiertamente reconocían su temor a ser rechazados y a repetir en su propia vida el caos producido por el divorcio de sus padres. El segundo grupo de adolescentes mostró un patrón diferente, en el cual aparecían buscando aferrarse a sus amigos de otro sexo de una manera dependiente e inmadura. Fácilmente entraban en intimidad física, aún sin conocer demasiado a la otra persona, eligiendo así compañías en forma muchas veces poco reflexiva. Estos jóvenes se caracterizaban por su pobre autoestima y por su necesidad de apoyarse en otros para sentirse bien. Dos de estos jóvenes se casaron tempranamente, y sus matrimonios repitieron rápidamente el fracaso de sus padres. Ambos grupos compartían una visión muy negativa del matrimonio como institución. Dos tercios de los

hijos de divorciados proclamaban su decisión de no casarse. Esta oposición era, paradójicamente, más intensa entre los hijos de divorciados más maduros y adaptados. En definitiva, concluyen los autores, es claro que el divorcio de los padres afectó profundamente a sus hijos, en términos de su capacidad para creer en la bondad y capacidad de entrega y compromiso de las personas del sexo opuesto. Les faltaba asimismo una visión clara de lo que es la intimidad y compañerismo en la pareja, y tenían una visión negativa y hostil de lo que es la vida en familia.

IV. CONCLUSIONES

Las conductas de riesgos antes mencionadas están determinadas por múltiples factores. Creemos que los cambios y los problemas de la familia antes aludidos son importantes entre ellos. Las familias en precariedad económica pueden ligarse a la delincuencia y la drogadicción juveniles que son, en parte, respuestas a la percepción fatalista o pesimista que tienen muchos jóvenes respecto a su futuro cuando ven a sus familias en una situación económica crónicamente difícil.

Sin embargo, todo aquello que se puede hacer en términos de fortalecer el funcionamiento familiar efectivo, y de mejorar la comunicación dentro de la familia entre las diversas generaciones es importante, y es quizá la mejor manera de prevenir muchas de estas dolorosas situaciones. Existen algunos grupos en mayor grado de riesgo. Por ejemplo las

adolescentes mujeres enfrentan una situación a veces peor, ya que la discriminación hacia la mujer es en muchos casos evidente. En nuestros estudios hemos encontrado (Valdés, etc.), que las tasas de depresión, angustia y de otros síntomas emocionales llegan a su nivel más alto en las mujeres entre 15 y 19 años de edad. El embarazo temprano, es, en este caso, un síntoma de la dificultad de las mujeres jóvenes para encontrar oportunidades, primero educacionales y luego laborales, adecuadas.

Los datos anteriores muestran que la situación de las familias chilenas está -como muchos otros fenómenos socio-demográficos y de salud en nuestro país- en una situación de transición. Muchos de los cambios intergeneracionales antes mencionados llevan a crear esta sensación de "crisis de la familia como institución". ¿Cuáles son algunas de las conclusiones que podemos sacar de los análisis anteriores en relación a los jóvenes y sus familias hacia el siglo XXI? Revisemos las principales:

***La sobrevivencia conjunta**, como ha llamado Goldscheider (1993) en sus estudios acerca de las familias americanas, a la prolongación cronológica del ciclo vital de las familias dada la mayor sobrevida de la población. Cuando la sobrevida promedio de las personas era poco más de 50 años, un número importante de matrimonios sobrevivían escasamente al período de nido vacío, y la superposición de ciclos vitales de padres ancianos (especialmente madres ancianas) e hijos adultos era breve. Hoy día, en promedio una mujer

puede esperar que su madre viva 55 años más desde el momento en que ella nace: **dos tercios del tiempo que padres e hijos pasan juntos**, lo hacen siendo adultos. Esto significa aún hoy día que hay pocos modelos para esta relación más fraternal entre padres e hijos: los modelos de relación existentes hasta hoy día son más bien filiales que fraternales. Muchas más veces los padres quedan en situación de dependencia de sus hijos que lo que sucedió en el pasado. Lo anterior hará que cada vez más varíe el contexto de la relación entre padres ancianos y con menor educación, con hijos que tienen mayor nivel educacional y en algunos casos mejores oportunidades económicas que sus padres.

*El mayor número de hogares **con mujeres solas, o con jefatura femenina**, que se liga a la mayor sobrevivencia de las mujeres antes mencionada, así como a los mayores números de mujeres solteras, viudas y separadas que permanecen solas, hace que aumenten el número de familias con niveles de ingresos bajos (dado el hecho económico de la menor remuneración de las mujeres: a igual trabajo, menor pago) y que aumente el estrés familiar, al concentrar la mujer cabeza de familia muchas de las funciones familiares que tradicionalmente son compartidas por ambos padres. Otra consecuencia de los reajustes demográficos previamente aludidos ha sido el mayor número de hogares formados por madres solteras, o abandonadas por su marido o pareja, que se ha ido generando. Esto lleva nuevamente a que las familias matrifocales sean cada vez más frecuentes no sólo en los niveles socio-

educacionales bajos, como antes, sino en todos los estratos sociales.

*Otra consecuencia del aumento en las tasas de divorcio antes mencionadas, ha sido el menor rol de los hombres en la formación y manutención de las familias, sea por la redistribución de la tradicional "división del trabajo" al desaparecer la distribución previa de roles de padre proveedor y madre centro emocional de la familia.

*Todo lo anterior lleva a un estado más vulnerable de los hijos, al estar por un lado en una situación en la cual dependen más del vínculo madre-hijo que del padre en el sentido emocional, y que las madres, por otra parte, están más ausentes por responsabilidades laborales.

*Otra consecuencia de todos los cambios anteriores son las de tipo económico. Los hijos de hogares con alteraciones estructurales quedan allí nuevamente en desventaja. Los hogares formados por matrimonios estables tienen un mayor promedio de ingresos que aquellos uniparentales, especialmente si el jefe de hogar de estos es mujer. Datos norteamericanos muestran que los hogares biparentales tienen un ingreso promedio un tercio mayor que aquellos uniparentales con presencia del padre, dos tercios mayor que aquellos uniparentales en que sólo está la madre. Por lo mismo, una de las consecuencias poco estudiadas de la tendencia al aumento de la tasa de separaciones y divorcio, es la baja del nivel de vida para las mujeres separadas, así como para los hijos, especialmente cuando los padres vuelven a casarse. Diversos estudios han documentado que los hijos de separados tienen menores

niveles de educación que los hijos de familias intactas.

*En resumen, las tendencias actuales llevan, por diversos mecanismos a una mayor marginalidad de los hombres de la estructura familiar. Esta mayor marginalidad tiene diferentes consecuencias adversas tanto emocionales como económicas para las mujeres e hijos de las familias en las cuales los hombres están estructural o funcionalmente excluidos; las consecuencias sociales del aumento del número de familias uniparentales o sin padre son múltiples. Los menores en situación irregular, los jóvenes y adolescentes delincuentes y otros problemas de los grupos infantojuveniles son todos fenómenos frecuentes entre estas familias. Por lo anterior, los programas preventivos debieran centrarse más en preservar la estructura familiar que en las consecuencias entre los grupos anteriormente citados.

*Otro elemento a tomar en cuenta en relación a los diversos cambios antes enunciados, son sus consecuencias para los ancianos, especialmente la mujer, que presentan entonces una tendencia cada vez mayor a la soledad. El envejecimiento de la población es otro proceso demográfico en marcha a considerar. La transición demográfica hacia poblaciones envejecidas hará que el número de ancianos en el mundo aumente desde 8,8% en 1985 a un 14,3% en el año 2025 (United Nations).

*Esto traerá también consecuencias económicas: anteriormente la interrelación económica primaria fue entre los miembros de la familia. Hoy

día, el estado ha asumido una función más amplia en la provisión de apoyo social a las personas, especialmente a los ancianos. Ninguna sociedad es viable sin mecanismos para que los adultos productivos se comprometan a atender a los familiares a su cargo: los jóvenes, los temporalmente dependientes por enfermedad y los viejos. **Esta relación de dependencia**, el tamaño de la población que no está en edad de trabajar en relación con la población en edad de trabajar está aumentando en muchas regiones. En los países industrializados existe cada vez mayor inquietud con respecto a las consecuencias financieras de las necesidades en materia de salud y vivienda de las poblaciones dependientes, que la familia satisface menos que en el pasado. Con recursos limitados, incluso los países más pudientes, se enfrentan a un conflicto entre los programas sociales que invierten en el futuro (o sea, entre los niños y adolescentes) y aquellos que tienen objetivos primordialmente de bienestar (cuidado de los ancianos). En países como los Estados Unidos, los gastos en este último grupo han aumentado tanto que representan en este momento seis veces más que los hechos para la niñez. La discusión acerca del rol del estado en los sistemas de seguridad social hace que en la medida que se debilite la familia como institución tiendan a aumentar los riesgos de desprotección para grupos como los jóvenes, las mujeres y los ancianos.

*Las consecuencias de estas tendencias para la salud están solo comenzando a ser dimensionadas y estudiadas sistemáticamente hoy día. De no contrarrestarse, es previsible

esperar más problemas entre la juventud, así como peores índices de salud entre las familias en las que viven mujeres solas, o en las cuales hay limitantes importantes sean en la estructura o en la función familiares. Estas consecuencias no se centran solo en la salud física, sino en la salud emocional y social de individuos y familias. Procesos como los antes descritos pueden llevar a un debilitamiento de la socialización infantil, y al aumento de conductas de tipo antisocial o delictual, entendibles como estrategias de sobrevivencia de parte de menores que se sienten abandonados por sus familias y la sociedad.

***EN SUMA: ESTAMOS EN UNA SOCIEDAD QUE TIENDE A HUIR DE LA FAMILIA:** la realidad poco estudiada, pero creciente, de cada vez más personas puede ser la de vivir fuera de estructuras familiares en el sentido clásico del anterior término. En el caso chileno, esta huida de la familia es un fenómeno más incipiente que en muchos países europeos o de Norteamérica, y se manifiesta más bien en una disminución de las estructuras nucleares biparentales, y una tendencia diversa a vivir en estructuras familiares compuestas de tipo matrifocal. Esta tendencia, al no ser masiva puede ser revertida en la medida que se concerte una respuesta amplia de todos los sectores sociales.

El futuro de las familias hacia el siglo XXI no tiene por qué ser pesimista, sin embargo. La capacidad de respuesta del hombre crece ante situaciones de crisis, como la historia reciente de la humanidad lo atestigua. Los sociólogos han descrito cómo la estructura de familia

extensa que predominó en las sociedades rurales de la Edad Media, fue desplazada a lo largo de los tiempos modernos por una familia pequeña nuclear que se adaptaba mejor a las necesidades de las sociedades en proceso de industrialización. Es posible que hallamos llegado a un extremo en este proceso de nuclearización y disgregación de la familia, y la preocupación social por ella puede ser una señal positiva, buscando modos renovados de apoyar a la familia como institución.

En nuestros días estamos presenciando una revalorización de los sistemas extendidos multigeneracionales, que se ven como más flexibles y capaces de responder al estrés familiar. El rol de los abuelos, y las ventajas de los sistemas de parentesco extendido no ha sido nunca olvidado entre los grupos sociales elevados, y aparece en toda descripción literaria o científica del funcionamiento de las aristocracias, prototipo de familias multigeneracionales extendidas.

La situación de cambio social rápido en la que vivimos hace que toda familia deba tomar decisiones en el sentido de maximizar la discontinuidad entre generaciones, acentuando su diferenciación y especialización, o mantener cercanía con sus redes familiares, y apoyarse en la mayor flexibilidad, en especial para el cuidado de los hijos que ofrece la familia extendida. Esperamos que los jóvenes a la vuelta del año 2000 pueden contribuir al desarrollo de familias más estables y funcionales, y así posibilitar una nueva forma de relación dentro y entre las familias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- COVARRUBIAS, P., MUÑOZ, M. y REYES, C. (1986). *En Búsqueda de la Familia Chilena*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.
- DUVALL, E.M. (1977). Citado en: FLORENZANO, R. y HORWITZ, N. (1987). *Salud Familiar*, Santiago de Chile, Corporación de Promoción Universitaria.
- FERGUSON, J. (1993). *La Juventud en el umbral del siglo XXI: La Situación Demográfica*, J. Adoles, Health, 14, pp. 683-689.
- FLORENZANO, R., PINO, P. y MARCHANDÓN, A. (1992). Conductas de Riesgo en Adolescentes Escolares de Santiago de Chile, *Revista Médica*, Chile, 121, pp. 462-469.
- GODLSCHIEDER, F., The Changing American Family and Public Health Policy: Gender and Intergenerational Relationships in the Context of Demographic Change. En HENDERSHOT, G.E. y LE CLERE F.B. (1993). *Family Health: From Data to Policy*. National Council on Family Relations, Minneapolis, MN.
- GUIDUBALDI, J., CLEMINSHAW, H.K., PERRY, J.D. y MCLOUGHLIN, C.S. (1983). The Impact of Parental Divorce on Children: The Impact of The Nationwide NASP Study. *School Psychology Review*, 12(3), pp. 300-323.
- HETHERINGTON, E.M., COX, M. y COX, R. (1979). Play and Social Interaction in children following divorce, *Journal of Social Issues*, 35, pp. 26-49.
- HETHERINGTON, E.M. (1972). Effects of Father absence on Personality Development in Adolescent Daughters, *Developmental Psychology*, 7(3), pp. 313-326.
- INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD (1994). *Primer Informe Nacional de Juventud*, Chile.
- KALTER, N. y REMBAR J. (1981). *The Significance of a Child's Age at the Time of Parental Divorce*, Amer, J. Orthopsychiat., 51(1) pp. 85-100.
- KATSMAN, R. (1991) Situación de la Familia Latinoamericana. *Informe CEPAL*, Santiago de Chile.
- KELLY, J.B. (1981). Observations on Adolescent Relationships Five Years after Divorce, 8, pp. 133-141.
- MUÑOZ, M, REYES, C. COVARRUBIAS, P. y COLS. (1991). Chile en Familia: Un análisis sociodemográfico, *Unicef*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Chile.
- PALLAVICINI, J. LEGARRETA, A. y COLS. (1986). Frecuencia comparativa de consumo de alcohol en Santiago de Chile, 1958-1982, *Revista de Psiquiatría Clínica*, Chile, 12, pp. 15-34.
- PECK, J.S. y MANOCHERIAN, J. R. (1988). Divorce ion the Changing Family Life Cycle. En: CARTER, B., y MCGOLDRICK, M.M. (EDS) *The Changing*

- Family Life Cycle*, New York, Gardner Press.
- SMIKE, P. (1991). *Women and Health*, Londres, Zed Books.
- UNITED NATIONS. World populations at the turn of the century, *Documento Pub*, E.89.XIII.2.
- VALDÉS, etc. *Diferencias por género*.
- WALLERSTEIN, J.B. y KELLY, J.B., (1980). *Surviving the Breakup: How Children and Parents cope with Divorce*, New York, Basic Books.

Palabras claves: La juventud en Latinoamérica. Conductas de riesgo. Familia y juventud. Familia matrifocal.

Datos y Dirección del autor: Master en Salud Pública con mención en Salud Mental por la Universidad de Carolina del Norte. Profesor titular y director del Departamento de Psiquiatría de la Facultad de Medicina, Universidad de Chile. Médico Cirujano.

Miembro de los Comités Científicos de Salud del Adolescente y de Salud Mental de la Organización Mundial de la Salud.
